

religiosos militares como á todos los demas. Asimismo prohibió admitir por dinero á algun instituto cualquiera que fuese, so pena, en el superior, de privacion de oficio, y en el particular, de ser escludido para siempre de los órdenes sagrados.

El cánón XVIII prueba que, si los estudios no florecian todavía, no era por culpa de la Iglesia. «A fin de proveer á la instruccion de los pobres habrá en cada iglesia catedral un maestro á quien se le asignará un beneficio competente para atender á sus necesidades y cuya escuela estará abierta á cuantos quieran ir á ella á instruirse gratuitamente. Lo mismo se hará en las demas iglesias y en los monasterios donde hubo en otro tiempo fondos destinados á este efecto. Nada se exigirá por el permiso de enseñar, ni aun á pretexto de costumbre alguna; y no se negará ese permiso al que sea capaz de ello, pues eso seria impedir la utilidad de la Iglesia.» Este cánón priva tambien de todo beneficio eclesiástico al que osára contravenir á lo en él acordado (1).

Renovóse la prohibicion de los torneos que de dia en dia iban estando mas en voga. Prohibióse á los cónsules y demas magistrados de las ciudades imponer carga alguna á las iglesias, ni atentar á sus dominios temporales. Decretóse la pena de excomunion contra los fieles que llevaran á los sarracenos armas, hierro, madera para los navios, ó que les sirvieran en clase de pilotos.

El último cánón del concilio de Letran concierne á los hereges llamados entonces patarinos ó publicanos, y que veremos en breve tan famosos con el nombre de albigenses. Se comprenden tambien en él los salteadores reunidos de diversas naciones,

(1) Labb. t. 10, p. 1518.

que los señores empleaban en sus guerras particulares: gente sin religion y sin freno, azote de toda sociedad y execracion del género humano, cuyo nombre de ruteros y de coterales que entonces les daban, se pronunciaba con horror. Por preámbulo de la justa severidad que se ordena contra ellos, se recuerda lo que dice San Leon, que la Iglesia, aunque desapruueba las ejecuciones sangrientas, no deja de valerse de la potestad política, cuyos rigores temporales hacen ciertas veces recurrir á los remedios espirituales. No obstante el concilio solo pronuncia de su propia autoridad la excomunion, con la prohibicion de ofrecer el santo sacrificio por estos impíos y de darles sepultura eclesiástica. Es verdad que escita á los soberanos á confiscar sus tierras, á reducirlos á servidumbre y á tomar las armas contra ellos; concede indulgencias á los que se alistasen para esta guerra, y se dispensa de los juramentos que pudieran haberseles prestado; pero además de que la Iglesia tiene derecho de recurrir á la proteccion de los príncipes, aquellos perturbadores públicos eran tan enemigos del Estado como suyos propios. La conducta de la Iglesia no puede menos de redundar en su propia gloria, ni son menos dignos de encomio que su indulgencia sus saludables y prudentes rigores; el concurso de las dos potestades, para reprimir el desorden, tan solo podrá disgustar á los enemigos sediciosos de ambas. En cuanto á la dispensa de los juramentos, haremos notar que aqui la Iglesia (ó el Papa presidiendo un concilio general) se atribuye paladinamente el poder de absolver del juramento de fidelidad y de servicio, y que es ella misma, y no los particulares, quien juzga cuándo y cómo se puede y se debe absolver de ellos.

LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

Desde el tercer Concilio general de Letran en el año 1179, hasta la toma de Constantinopla por los cruzados en el de 1204.

ANTES que terminase el siglo XII, el ardor con que se habia procurado el restablecimiento de los estudios habia hecho cesar ya el reinado de la ignorancia, ó mejor diremos, el desprecio á las ciencias y á los ejercicios mentales. Los estudios siendo tan defectuosos como debian serlo al principio de su renovacion y despues de una especie de aniquilacion, apenas habian sustituido á la antigua barbarie sino términos ininteligibles y un respeto servil hácia todo aquello que tuviera las apariencias de erudicion. El resultado de tales disposiciones fué una presuncion funesta: se creian sábios con solo pretender serlo: hicieron desaparecer todas las dificultades bajo el denso velo de artificiosas palabras: creáronse sistemas, queriendo sujetar á ellos hasta nuestros mas impenetrables misterios, y sondear las profundidades del Ser divino insiguiendo las huellas profanas de Aristóteles y de Platon, sin tener disposiciones para poderlos seguir con inteligencia. Fijáronse por fin principios arbitrarios de costumbres y de conducta poco conformes algunas veces con los del Evangelio y de la razon.

De aquí las sutilezas temerarias y escandalosas de Abelardo y de Gilberto Porretano; las heregias de Arnaldo de Brescia, de Pedro de Bruis y de los henricienses; el

fanatismo y la corrupcion de los waldenses y albigenses, que ya habian consternado á tantas iglesias en el siglo anterior, y que van en este á incendiar las provincias mas florecientes de la Francia.

En otro orden muy diferente todavía nos entristecerá la vista de otros escándalos. La Iglesia tuvo que superar mas de un obstáculo y evitar grandes peligros en los tiempos á que hemos llegado; pero la sencilla narracion de los hechos nos convencerá, mejor que todas las reflexiones, de los recursos proporcionados por el cielo para mantener el reino de Jesucristo entre tantas naciones que el Eterno le ha dado por herencia.

La virtud saldrá del seno de la corrupcion: la luz resplandecerá en el centro de las tinieblas. La sal de la tierra casi habia perdido su virtud; las riquezas y las grandezas temporales habian introducido la disipacion, la relajacion, la molicie y la depravacion de costumbres en el clero secular y regular. Hasta los sucesores de un Antonio y de un Pacomio, poco satisfechos con dominar sobre el clero, contra la prohibicion del Doctor de las naciones, afectaban la dominacion secular, el fausto y el poder de los soberanos; pero al propio tiempo la tierra va á admirar otras nuevas órdenes que unirán el espíritu del claustro con el del apostolado, el retiro con la accion y la pobre-

za con la fuerza evangélica. Si la codicia sacrilega y la incontinencia de los clérigos los habían hecho despreciables á los pueblos, y habían casi anulado la virtud del sagrado ministerio; los discípulos de Domingo y de Francisco, sacrificándose á la mendicidad y á la fuga de todos los placeres sensuales que fomenta la abundancia, van á restituir su primitiva energía á la gracia de edificación que se recibe del Espíritu Santo por la imposición de las manos. Estos hombres del todo espirituales resucitarán al propio tiempo los dones de sabiduría y de inteligencia; harán brillar á la faz del universo una ciencia tan sólida y sublime, que se creará no poderse nombrar dignamente á sus autores con solos títulos humanos. No será ya Tomás mirado como un hombre, sino como un ángel descendido del cielo para instruir á la escuela. La unción celestial que destilará el corazón de Buenaventura y los dardos inflamados que saldrán de sus labios, le grangearán el renombre de doctor seráfico.

Por el contrario en Oriente, el esplendor de la Silla de Crisóstomo, eclipsado después de tanto tiempo, se amortiguará cada día mas y mas y caminará á su total extinción. Sin embargo, algunos restos de las costumbres adquiridas y las efímeras relaciones de intereses entre los griegos y latinos, se conservarán entre ellos, ó impedirán á lo menos romper de un modo irremediable la comunión hasta que los occidentales hayan sujetado á Constantinopla bajo el yugo que ellos habían preparado á los infieles. Veinte y cuatro años antes de esta revolución, esto es, en el de 1180, el 24 de setiembre, el emperador Manuel Comneno murió en la comunión de la Iglesia católica, que á ejemplo de su padre y de su abuelo había procurado constantemente mantener durante su largo reinado de mas de treinta y siete años. El arzobispo latino

de Tiro, Guillermo el historiador, que al volver del Concilio de Letran fué bien recibido de este príncipe, é hizo una larga manson en Constantinopla, ensalza mucho su piedad y sus limosnas, y dice que su alma subió al cielo, y que su memoria es un objeto de bendición. Los cruzados le acusaron de impío y de pérfido, como á la mayor parte de los griegos de aquel tiempo; pero á mas del temor que sin duda tenia de sus armas no le faltó frecuentemente suficiente fundamento para reprender en ellos el poco celo que los animaba por aquella religion cuyos derechos reclamaban. Viéndose Manuel Comneno acometido de la enfermedad de que murió, el patriarca Teodosio, que tres años antes había sucedido á Chariton, exhortó á este príncipe á que, mientras todavía era tiempo, diera providencia acerca de los asuntos del imperio y sobre los intereses de su hijo Alejo que dejaba de poca edad (1). Manuel contestó que viviria aun catorce años. Contaba con la palabra de ciertos astrólogos que disfrutaban entonces de gran crédito en Oriente, y le habían prometido una pronta curacion y gloriosas conquistas. En fin, la gravedad del mal desvaneció sus esperanzas: se arrepintió de su credulidad supersticiosa, y por consejo del patriarca lo dejó consignado por escrito. Tomándose luego el pulso, pidió el hábito monástico dando un profundo suspiro. Instaban los momentos: echóse mano con precipitacion del primer hábito de monge que pudieron encontrar, y se lo pusieron sobre sus vestidos ordinarios: en este estado no tardó mucho en espirar. Aunque él mismo se lamentaba de que la vida monástica casi no se reducía ya mas que al hábito y á una luenga barba, quiso no obstante ser enterrado en el monasterio de Pantoerator, esto es, del Todopoderoso, que la emperatriz Irene su madre había fundado, y que contaba hasta setecientos monges del orden de San Antonio. También fundó él mismo un monasterio en la embocadura del Ponto Eusino; pero reunió en él los monges tenidos por mas perfectos, y sin darles posesion alguna les señaló toda su renta del tesoro imperial. Con igual objeto de quitar á los monges todo motivo de distraccion y relajacion, renovó la constitucion de Nicéforo-Focas que les prohibia adquirir nuevos bienes raíces.

Sucedióle su hijo Alejo siendo de edad de trece años, bajo la direccion del gran maestro de la guarda-ropa, llamado también Alejo (1). El emperador Manuel había sido muy favorable á los latinos, que atrajo en gran número á sus Estados, y á quienes confió con preferencia los asuntos mas interesantes, porque hallaba en ellos mas grandeza de alma y mas fidelidad que en los griegos. Túvose el regente Alejo en la misma estimacion y observó con ellos la propia conducta. Pero las preferencias mas justas son las que con mas dificultad se perdonan: el encono de los griegos, y sobre todo la envidia de los grandes y de los príncipes de la sangre imperial, no tardó en llegar á su colmo. Los debates sobre la Religion y el respeto de los últimos emperadores á la Iglesia romana, á la que acusaban de heregia, justificando en su concepto los mas horribles intentos, no buscaban mas que la ocasion de satisfacer su odio, esterminando los latinos de todo el imperio; y esta se la ofreció, en el segundo año del reinado de Alejo II, la avaricia y la altivez del regente.

Llamaron á Andrónico, descendiente de la misma familia de los Comnenos, genio turbulento y audaz, á quien el emperador Manuel su abuelo había encerrado en una prision, y posteriormente por un efecto de

(1) Guill. Tyr. lib. 20, c. 10.

indulgencia le concedió el gobierno del Ponto para tenerle en un destierro honroso. Vino Andrónico con un ejército á acampar sobre la riberas del Helesponto frente de Constantinopla. Alzaron los descontentos en todas partes la cabeza; se juntaron audazmente, cogieron al regente y le condujeron al campamento de Andrónico, quien mandó sacarle los ojos. Introdujo luego tropas en Constantinopla para sostener el proyecto que habían formado de degollar á todos los latinos en un mismo día. Sin embargo, estos supieron la trama, y no hallándose en estado de poder resistir, se metieron cuantos pudieron en cuarenta galeras que había en el puerto y se alejaron precipitadamente de la ciudad. Al día siguiente supieron que sus demas hermanos, que por su edad, sexo ó salud no pudieron huir, habían sido abrasados con inhumanidad en sus mismas casas en número de siete á ocho mill y que todo el cuartel quedaba reducido á pavesas. No perdonaron los fanáticos ni aun á las iglesias: los lugares mas sagrados fueron presa de las llamas con todos los desgraciados que buscaron en ellos refugio, y no hicieron distincion de clérigos y monges á no ser por la mayor crueldad con que los trataron.

El furor no se limitó á atormentar á los vivos. Arrastraron ignominiosamente por la ciudad á los muertos, y llegaron á desenterrar para el propio efecto á los que ya estaban enterrados. Tenian un hospital en Constantinopla los caballeros de San Juan de Jerusalem, y todos los enfermos que había en él fueron pasados á cuchillo. Los mas ardientes en apresurar la mortandad eran los sacerdotes y los monges griegos; recorrían todas las casas, registraban los parages mas recónditos, entregaban los desgraciados fugitivos á la inhumanidad de los asesinos, á quienes saciados ya y aun cansados de la carnicería procuraban estimular con el ali-

ciento del oro. Los mas humanos entre los griegos vendieron á los infieles los que se habian refugiado en sus casas con promesa de salvarlos. Hasta cuatro mil de estos esclavos de todas condiciones se cuentan que fueron de este modo víctimas de la profanacion del juramento y de la hospitalidad. Estos excesos de los griegos contra los latinos establecidos en Constantinopla son tanto mas dignos de execracion, cuanto las familias de las dos naciones estaban, digámoslo así, confundidas por la multitud de sus alianzas reciprocas; pero las represalias de que se sirvieron los latinos escapados en las galeras, hacen dudar si ellos ó los primeros agresores se hicieron culpables de mayores atrocidades.

Despues de estos horrores entró Andrónico en Constantinopla donde era ya señor absoluto, como tambien en todo el imperio: rindió no obstante todos los honores al jóven emperador Alejo y le hizo coronar junto con Inés de Francia su futura esposa. Para acreditar que le tenia el mayor respeto, le llevó á la iglesia sobre sus hombros derramando lágrimas y dándole todas las muestras del afecto mas tierno. A poco de esta ocurrió ceremonia la muerte de la emperatriz Maria, madre de Alejo. El autor de su muerte fué Andrónico, mandándola ahogar despues de haber reducido al emperador á que firmase la órden. Algun tiempo despues le obligó á asociarle en el imperio; y en la ceremonia de la coronacion se hizo nombrar antes que el jóven emperador, con pretesto de que era indecente que un niño precediera á un anciano. Celebróse la misa, recibieron ambos la comunión, y entre la recepcion del pan celestial y la del cáliz, Andrónico juró, por el Cuerpo y la Sangre del Señor, que no entraba á la participacion del imperio mas que para aliviar al jóven emperador. Pero pocos dias despues le mandó dar la muerte, pues

de noche ahogaron al desgraciado Alejo con la cuerda de un arco, y luego llevaron el cadáver al pérfido tirano que le dió de puntillones en los costados, vomitando mil injurias contra toda su familia. Dijo que su padre habia sido un perjuro, su madre una deshonesta, y él un imbécil. Mandó despues cortarle la cabeza para guardarla, y arrojaron al fondo del mar el resto del cuerpo encerrado en una caja de plomo. De este modo acabó en el mes de octubre de 1185 el emperador Alejo II, antes de cumplir los quince años de edad.

Su parricida esperiméntó al cabo de dos años un tratamiento aun mas horrible. Despues de otros mil atentados de una tiranía detestable, habiendo pretendido encerrar á Isaac Angelo, yerno del emperador Alejo, alzóse una sedicion que puso á Isaac sobre el trono. Huyó Andrónico por mar; mas le prendieron, y cargado de cadenas fué conducido á Isaac, quien le abandonó á la discrecion del populacho. Por espacio de muchos dias consecutivos fué juguete de todo un pueblo que le odiaba, y sobre todo de las mugeres á cuyos maridos habia mandado matar ó sacar los ojos. Muchos dias duró su suplicio, en los cuales sufrió toda suerte de ultrajes y todo género de tormentos que podian esperarse de un populacho de suyo feroz, y que no consultaba sino á su venganza. Por último, lleváronle al teatro, donde le colgaron por los pies, y no cesaron de ultrajarle hasta que exhaló el postrer aliento. Así pereció en 12 de setiembre de 1185; uno de los mas abominables tiranos de cuantos menciona la historia. En su figura estaba tan bien pintada la atrocidad de su carácter, que el emperador Manuel entrevió por ella todo el mal que causaria al imperio. Su mirada era feroz, los ojos y las cejas de un hombre sumergido en sus pensamientos atrabiliarios y en sus malos proyectos, su andar era al-

tanero, sus modales artificiosos cuando queria reprimirse; pero fuera de esto, feroces y brutales. Sufrió al parecer su desgracia con una firmeza cristiana, y no dijo otra cosa mientras duraron sus tormentos que estas edificantes palabras: *Señor, compadeceos de mí.* ¡Maravilla bien consoladora de la divina misericordia, si en estos últimos momentos perdió la costumbre de fingir y de burlarse de la Religion!

Los cristianos occidentales, sustituidos á los orientales de Siria y de Palestina, se condujeron tambien con frecuencia de una manera que no hizo menor perjuicio á la Religion que los escándalos de la Grecia. Amauri ó Amalarico, patriarca latino de Jerusalem, que murió en el mismo año que el emperador Manuel Comneno, fué casi inútil á su iglesia por sus cortas luces. Su sucesor Heraclio, antes arzobispo de Cesarea, ofendió infinitamente á la Religion con el escándalo de su incontinencia. Se hallaba tan vergonzosamente avasallado por sus pasiones, que mantenía públicamente una muger cuyos adornos y cuya inmodestia no permitian mirar su amistad solamente como equívoca. Al verla el pueblo pasar por las calles, la nombraba altamente la patriarquesa. En la eleccion de este prelado vicioso (eleccion debida á la influencia de la potestad secular, porque generalmente los prelados escandalosos han sido impuestos á las iglesias particulares ó á la Iglesia madre de todas las demas), prurumpieron: *el emperador Heraclio recobró la cruz, y el patriarca Heraclio la hará perder* (1). El suceso confirmó tan triste augurio.

Precipitábase ya hácia su ruina el reino de Jerusalem, que acababa de agotar los combatientes de Europa. Para establecerle se habian aprovechado los francos de la division de los infieles, que tenian dividido el Oriente

(1) *Sanct. III. Fidel. cruc. par. 6, cap. ult.*

en una multitud de Estados, zelosos unos de otros. Noradino, hijo de Sanguin ó Zenghi, turco selyucida de la estirpe de los sultanes de Alepo, habiéndose apoderado de los Estados del sultan de Damasco y puesto fin por medio de sus lugar-tenientes á la dominacion de los califas de Egipto, hizo sentir desde luego á los cruzados el peso de tantas fuerzas juntas, y les quitó el condado de Edesa; pero Saladino, hombre mas grande aun y mas tranquilo poseedor de la vasta dominacion que habia verdaderamente usurpado, sacó de esto un partido del todo distinto contra los cristianos de Palestina (1).

Este famoso sultan era de la nacion de los curdos diseminados en las montañas que dividen la Siria de la Persia. Siendo jóven fué enviado con su tio Syracon á Abhed, califa de Egipto, que habia pedido á Noradino auxilios contra los francos. Despues de la muerte de Syracon obligó á Abhed á que le nombrase su visir. Muerto tambien este califa, último de los fatimitas, tomó Saladino posesion del Egipto en nombre de Noradino; pero tan solo le dejó el vano título de soberano de esta bella conquista, guardando para sí toda la autoridad. Noradino espidió órdenes y fulminó amenazas para reducir al usurpador: todo fué en vano, y la muerte le arrebató cuando se disponia á pasar á Egipto para castigar su rebellion (1173). Tomó al punto Saladino el título de sultan de este hermoso reino, y poco satisfecho con haber despojado de él á la familia de su soberano, le quitó sucesivamente los de Damasco y de Alepo. Con todo, despues de haber establecido su poder por la rebelion, la injusticia y la ingratitud, se señaló por la sabiduria de su gobierno, por su beneficencia magnífica y por una gran fidelidad á su palabra. Hé ahí la amal-

(1) *Guill. Tyr. lib. 20, cap. 6 et seq.*